

El dilema de la izquierda en México

Actualmente muchos mexicanos consideran que la izquierda es el PRD y que en consecuencia López Obrador es un acabado izquierdista. Nada más lejos de la realidad. Es cierto, hoy no podemos definir a la izquierda de modo tradicional. Con el derrumbe del mundo socialista y el triunfo de la economía mixta en países como China y posiblemente Cuba, las ideas clásicas de Marx, Engels y Lenin se han deslavado. De otra forma habrá que definir a la izquierda. José Revueltas fue un crítico del Partido Comunista Mexicano. Le objetaba, entre otras cosas, su falta de presencia en la clase obrera, su autoritarismo y la verticalidad para imponer decisiones. La derecha es siempre visible, sus representantes son obvios. El centro (los cero grados, la nada, la postura que puede aglutinar a cualquiera) es una posición anhelada en México: Salinas se dijo de centro progresista y López Obrador, antes del fracaso electoral, se asumió asimismo como centrista. ¿Dónde está, pues, la izquierda? Dispersa, desorientada, embrionaria, en sindicatos modestos, grupos estudiantiles, grupos ecologistas, quizá en los grupos supuestamente guerrilleros. Pero si antes fue avasallada por el conservadurismo nacional, hoy es engañada por quienes hablan en su nombre y sólo muestran ser simuladores, mentirosos y corruptos. Mucho habrá que trabajar para reorganizarla y darle presencia nacional en un mundo globalizado y sometido al neoliberalismo anglosajón.

Edmundo Flores (1918-2004) fue un economista distinguido, un académico prestigioso, un eficaz servidor público, un articulista y ensayista sensato con sentido del humor. Entre sus muchos trabajos escritos dejó un libro ejemplar y polémico, *El dilema de la izquierda en México* publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1996. En el capítulo que justamente da título al libro, hace un análisis agudo y lleno de fina ironía. Vale la pena leerlo, con el fin de reflexionar seriamente sobre qué es la izquierda mexicana, qué ha sido históricamente, dónde está, qué hace.

El Búho

*El dilema de la izquierda en México**

Para mi querida amiga la ex senadora Ifigenia Martínez, quien una mañana preguntó a cada uno de los asistentes a un desayuno en el Sanborns de la Casa de los Azulejos, que frecuentamos desde hace muchos años, qué opinábamos de los cambios en la política y en la Constitución que ha promovido el gobierno actual y si creíamos que serían irreversibles o no. Aquí va mi opinión razonada.

EL 9 DE NOVIEMBRE de 1989 cayó el muro de Berlín y, casi veinte meses después, el 19 de agos-

Para la Memoria Histórica

(Archivo coleccionable)

EDMUNDO FLORES

to de 1991, de súbito, se derrumbó y desapareció la Unión Soviética, seguida por sus satélites del Este de Europa y del Báltico. Después de esta colosal defección lo que quedó en ambos mundos



Angel Bracho

jamás será como antes. Las repercusiones del incondicional colapso soviético, que se llevó por delante a sus gastadas ideologías, se manifestarán durante los siglos por venir –si es que acaso vienen, porque la repentina desaparición soviética acentuó aún más los riesgos que ponen en peligro la misma supervivencia del planeta.

Uno de los pocos estudiosos de asuntos internacionales que anticipó –sin recurrir a cálculos econométricos– el fin de la URSS es Peter F. Drucker, el conocido especialista en administración de empresas, quien, en un ambicioso libro publicado en 1989, cuyo título en español sería *Las nuevas realidades: en el gobierno y la política; en la economía y los negocios; en la sociedad y la perspectiva mundial*,¹ escribe:

Pero todavía existe una gran potencia colonial, una gran área donde la historia todavía es la historia “europea”, y el poder y el gobierno lo ejercen todavía exclusivamente los europeos: el imperio ruso. Dentro de los próximos veinticinco años, si no es que antes, el imperio ruso también habrá desaparecido –o cuando menos habrá cambiado de europeo a poseuropeo y primordialmente asiático. Todo lo que se requiere para que esto ocurra ya ha sucedido. La única duda es qué tan rápido será este proceso y si conducirá al desmembramiento del imperio o a su restructuración. Este proceso ocurrirá, ya sea que el movimiento de reforma iniciado en 1982 por Mijail Gorbachov triunfe o no. De hecho, mientras más éxito tenga la perestroika en revivir la decadente economía rusa, más rápidamente se desintegrará el imperio ruso (p. 30).

¡Qué bárbaro! ¡Qué manera de ver el futuro!

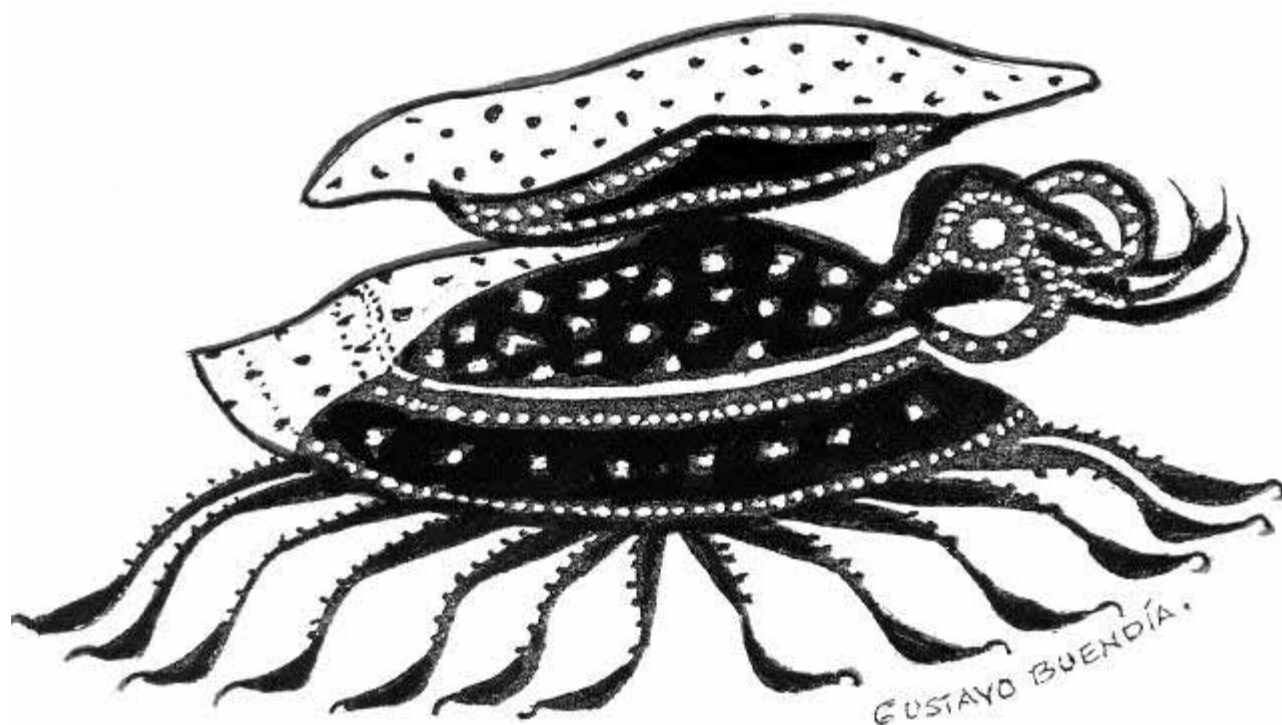
La desaparición de la URSS ha tenido ya consecuencias muy importantes en México. La necesidad de reconsiderar las metas de la vieja Revolución mexicana –tan largamente aplazada– no podía posponerse más, pues era obvio que muchas de las causas que contribuyeron al desmoronamiento soviético también operaban en México.

Es bien sabido que el único y obsesivo programa de la Revolución mexicana fue la reforma agraria. Todo lo que vino después –las obras públicas, el banco central, el seguro social, etc.– se fue improvisando a medida que se percibía su necesidad. Los ideólogos de la Revolución no previeron la explosión demográfica, la industrialización, el congestionamiento urbano, el auge del turismo, la revolución de las comunicaciones, etc. Hasta el principio de la crisis de 1980, la industrialización se había logrado siguiendo una política de proteccionismo y sustitución de importaciones que claramente había llegado a sus límites, y en el proceso nos había dejado una industria ineficaz y obsoleta, incapaz de competir en el mercado mundial. El ingreso al GATT en 1985 señaló el fin de esta política. La liberalización de las restricciones a la inversión extranjera siguió al ingreso al GATT. La industria maquiladora había comenzado a establecerse en la frontera norte en 1965, pero no fue sino hasta la devaluación de 1980 cuando verdaderamente echó raíces, tuvo éxito y se convirtió en una especie de preludeo del Tratado de Libre Comercio. La izquierda aborrece las maquiladoras y el TLC.

Los gobiernos anteriores, indiferentes a las poderosas fuerzas globales en acción, se empeñaron en acentuar el control del Estado sobre la economía, la agricultura, la banca, la inversión y el comercio, y lo único que lograron fue prolongar y ahondar la crisis.

La urgencia innovadora del gobierno actual se explica porque éste tiene conciencia de la enorme pujanza de los cambios globales y de su relación íntima con las economías nacionales. La reforma reciente del artículo 27 de la Constitución conducirá a la privatización de la tierra y a la revitalización de la agricultura a base tanto de inversiones privadas directas nacionales y extranjeras como del uso de tecnologías avanzadas. El adelgaza-

miento de la burocracia gubernamental, la privatización de la banca y de muchas empresas descentralizadas que administraba el gobierno -mal y con incontables fugas-, la liberalización de las leyes que impedían o dificultaban la inversión extranjera y el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá nos traerán gran prosperidad y ayudarán a resolver nuestros graves problemas, en tanto que las declaraciones del presidente Salinas en favor del liberalismo social señalan la clara intención de combatir el capitalismo cerril y despiadado que podría traer un liberalismo sin freno. Después de tantos años de estancamiento y deterioro, estas políticas causan la impresión de que tendrán éxito y serán irreversibles. El tiempo dirá.



Las políticas de Salinas contrastan con las que siguieron los anteriores gobiernos de la Revolución y contrastan también con los valores que el poderoso aparato de propaganda del gobierno, la prensa y la izquierda habían enaltecido en el pasado. La mayoría ha aceptado el anuncio de estos cambios como una posible salida de la larga y opresiva crisis económica que comenzó en 1980. La derecha, con su antintelectualidad característica, jamás había pensado en serio encontrarse, tan de repente, en el ojo del ciclón de la política mexicana, y hasta es posible que sueñe, en momentos de arrebatos, que la inteligencia mexicana, que desde los lejanos días de la Revolución suele desayunar en Sanborns, va a cambiar sus desayunos al Club de Banqueros y al Club de Industriales. Sólo la izquierda recalcitrante se opone vehementemente a los cambios efectuados por el presidente Salinas y propone, aunque esto no lo tengo muy claro, mantener a la sociedad cerrada –como una especie de Albania de antes del derrumbe soviético– y continuar también con la entrega de tierras, el proteccionismo, el aislacionismo, el antiyanquismo, etcétera.

Perdón por referirme a mi propia experiencia y por expresarme en primera persona, pero sería más difícil escribir esto con la modestia impersonal. Para comprender la dogmática rigidez de la izquierda mexicana ayuda haber militado en ella. Quienes nacimos en el subdesarrollo en este siglo y aspirábamos a remediar la pobreza de nuestros pueblos, inevitablemente tuvimos que ir más allá de las banales y extemporáneas prédicas del catolicismo y abrazar en cambio alguna de las varian-

tes del marxismo: el estalinismo, el troskismo, el maoísmo, el castrismo, la teoría de la dependencia o la teología de la liberación. Si uno aspiraba a ser economista profesional o a profesar cualquier otra de las ciencias sociales, el estudio de la economía liberal y de la economía clásica y neoclásica era menos emocionante, más remoto, frío y menos prometedor que el estudio del marxismo. Leer a Marx en la adolescencia era infinitamente más satisfactorio, más sabroso. El joven estudiante de economía en las universidades del Tercer Mundo leía a Adam Smith, John Stuart Mill y a Alfred Marshall, en caso de que de verdad los leyera, porque debía hacerlo, como comer espinacas, y devoraba a Marx como un bien merecido postre. Además, el liberalismo tenía su origen y tomaba como modelo a los países capitalistas e imperialistas que nos habían invadido y explotado y todavía lo hacían. Como argumento final e inobjetable, todos sabíamos que el imperialismo pronto sucumbiría, que ya había llegado a su última etapa. ¡Lenin lo había vaticinado! En suma, para estudiar economía burguesa en México, tenía uno que ser algo así como el hijo sumiso y sin imaginación de un banquero rico.

En dentro y fuera del desarrollo, que publiqué en 1973,² se me ocurrió bautizar a este grupo de marxistas, del que yo había formado parte en mi juventud hasta que me expulsaron del Partido Comunista en 1939 por indisciplinado, como “los infrarrojos”, que describo como sigue:

Existe en América Latina una pequeña pero influyente especie de marxistas pasmados, a los que se puede llamar infrarrojos. Intelectuales que

se rebelaron contra el catecismo familiar y el catolicismo de las primarias religiosas para caer luego en el marxismo sentimental y plantarse ahí, a la vez satisfechos e intelectualmente agotados. Gente que mezcla una honda y justa inconformidad con la creciente miseria e injusticia del subdesarrollo, del colonialismo y del neocolonialismo, con el marxismo elemental y la adolescente –jamás revisada– aceptación del candoroso etnocentrismo cultural de José Enrique Rodó, y de la ingenua relación desfavorable de intercambio de Raúl Prebisch.

Vuelvo al mismo tema y relato, en el tercer tomo de mi autobiografía, *Antesalas del poder, 1973-1976*,³ cómo me salvé de seguir siendo infrarrojo cuando en una imaginaria máquina del tiempo –en realidad un autobús Greyhound– fui a dar a la Universidad de Wisconsin, entonces la mejor en economía agrícola de los Estados Unidos, y ahí, durante cinco años, aprendí economía y filosofía, y estudié autores modernos con la calma que dan la madurez y la guía de maestros capaces. Así me deshice de la ideología, como antes en Chapingo me había liberado –afortunadamente– de la religión.

Pero debo confesar que mi liberación no fue total y que me quedaron numerosos vestigios sentimentales de mi etapa infrarroja. Por ejemplo, continuaba creyendo en la benevolencia del tío Stalin, pese a que bien sabía que era responsable de la muerte de millones de seres (creo que a esta violación de la lógica se le llama técnicamente *disonancia cognoscitiva*). Me duele, indigna y desazona ver, en las fotografías que vienen de la

vieja URSS, entre escombros las estatuas de Lenin derribadas, con su noble cabeza desprendida del cuerpo. Mi equipo predilecto de fútbol desde los lejanos días de mi infancia todavía es el Atlante y le tengo una aversión profunda al América; nunca pude leer –ni siquiera ahora– *Archipiélago Gulag*, de A. I. Soljenitsyn; y en los deportes siempre me causaban una satisfacción desmedida las habituales victorias de los equipos soviéticos y cubanos. Esta desmesurada emoción también puede atribuirse en parte a que los mexicanos sólo infrecuentemente ganamos.

Durante mi juventud en la Universidad de Wisconsin había estudiado y abrazado las teorías



Luis Argudín

de John Maynard Keynes, y en mi libro *Vieja Revolución, nuevos problemas*⁴ propuse como ideal para México “una especie de Estado benefactor similar al de los suecos, aunque más modesto y más soleado”. Pero al fin de los años ochenta vi con sorpresa y angustia cómo se deterioraba el gobierno sueco que, por fin, el 15 de septiembre de 1994 perdió el poder y comenzó a ser desmantelado. En Inglaterra había sucedido algo parecido, con la llegada al poder de la señora Thatcher en 1979, que acabó con el populismo del Partido Laborista y privatizó muchas empresas. En los Estados Unidos sucedió lo mismo con el arribo al poder del presidente Ronald Reagan en 1981 y luego con George Bush. Durante este tiempo se pusieron de moda el nuevo monetarismo y el liberalismo de Milton Friedman y la administración de empresas de Peter F. Drucker, y como ideal político se puso un gran énfasis en preservar la libertad individual y en proteger los derechos humanos.

La desintegración de la URSS marca el punto culminante de este tectónico proceso de cambio y desintegración de los viejos valores, iniciado en el mundo capitalista después de la segunda Guerra Mundial y caracterizado por inmensos avances tecnológicos y organizacionales que ha conducido espontánea e inesperadamente a la integración de un vigoroso sistema económico global que representa, en efecto, la antítesis de la planeación, la centralización, la colectivización y el nacionalismo socialistas.

En 1967, en su obra pionera *The Medium is the Message*, Marshall McLuhan percibió el surgimiento de la aldea global, causado por la comuni-

cación electrónica instantánea: la televisión, los satélites, el fax, las computadoras, etc., que fue seguido en la década de los setenta por la globalización de los mercados industriales, financieros y monetarios. Así, dice Drucker, se llevó a cabo la transición de la economía internacional a la economía transnacional, ésta modulada por flujos monetarios que sustituyen al comercio en bienes y servicios. Las políticas monetarias y fiscales de los gobiernos nacionales reaccionan en forma creciente y con gran volatilidad a lo que sucede en los mercados transnacionales de dinero y capital, en vez de darles forma activamente. No tardó en surgir también la ecología transnacional: el medio ambiente, igual que la moneda y la información tecnológica y financiera, no reconoce las fronteras nacionales.⁵

Quizá el sociólogo Daniel Bell –que publicó en 1960 un famoso libro, poco conocido en nuestro mundo de habla hispana, con el afortunado título *El fin de la ideología*– sea también uno de los pocos precursores intelectuales del fin de lo que el ex presidente Ronald Reagan idiotamente se deleitaba en llamar “el imperio del mal”; Bell afirma y demuestra convincentemente que en la década de los cincuenta se agotaron las ideologías en los Estados Unidos, y extiende este penetrante y ominoso juicio al mundo soviético. Vale la pena releer a Bell.

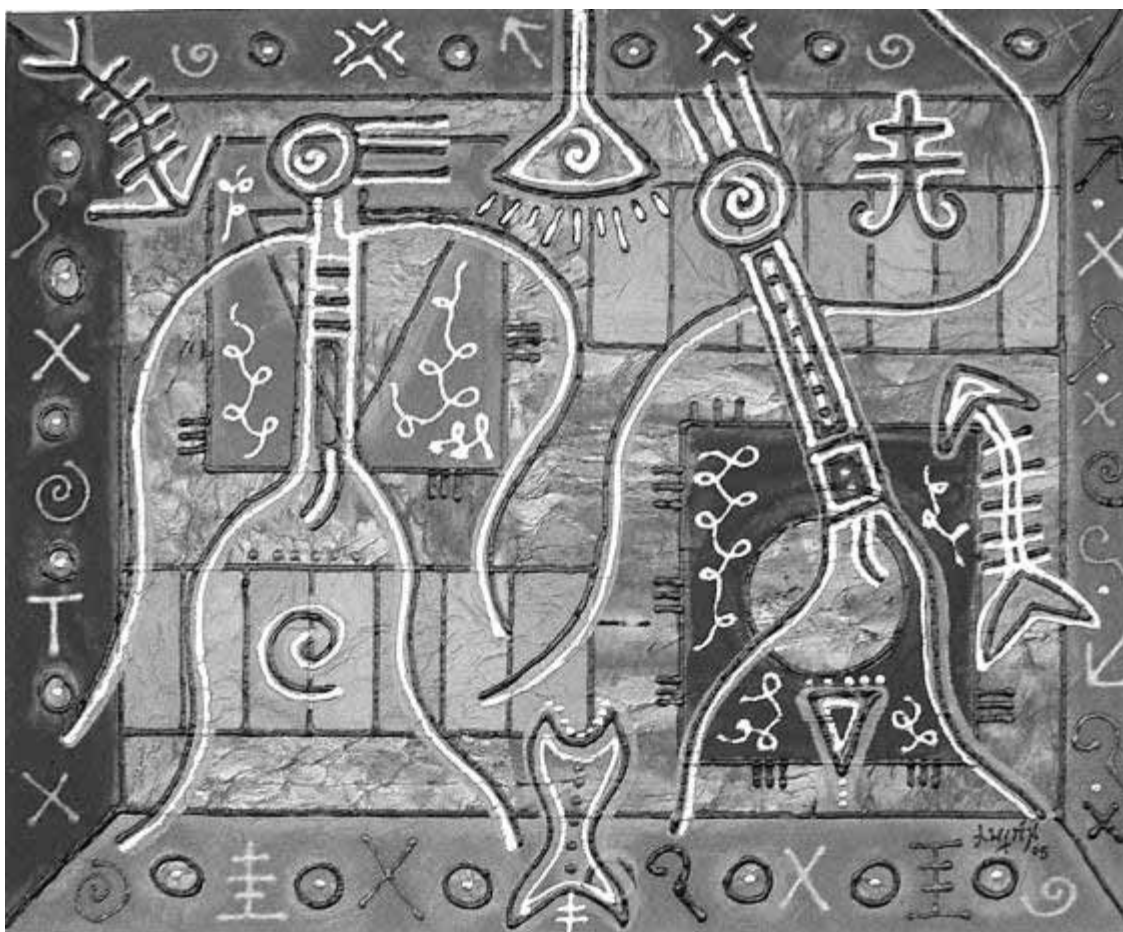
Otro precursor, éste de mucho mayor peso, es el economista austriaco nacionalizado inglés, Friedrich A. von Hayek, el padre del neoliberalismo, que en 1974 recibió el premio Nóbel de economía junto con el sueco Gunnar Myrdal. Hayek es autor de *El camino hacia la servidumbre*, publi-

cado en 1944, que como fraternal advertencia dedica “A los socialistas de todos los partidos”. El libro de Hayek fue un instantáneo best-seller dondequiera que se publicó y causó un tremendo impacto entre los conservadores que inmediatamente adoptaron a Hayek como su héroe, su campeón. La obra que, Hayek advierte, es un texto político y no económico, presenta una persuasiva y bien fundada argumentación en contra de todas las variantes del socialismo, de las economías planificadas y centralizadas, y en contra de la intervención en la economía por parte del Estado, ya se trate del nacionalsocialismo, del comunismo soviético, del Estado benefactor de los suecos o de las políticas económicas propuestas por el más

grande economista de nuestra época, el inglés John Maynard Keynes, pues, según Hayek, éstas conducen tarde o temprano a la pérdida de la libertad, a la guerra y a la pobreza. Al mismo tiempo, Hayek arguye elocuentemente en favor del liberalismo, cuya esencia es la negación de cualquier privilegio, si se entiende éste en su sentido original de un Estado que otorga y protege los derechos de unos, no otorgados en términos de igualdad a otros.

Alarmado por la admiración que le manifestaron los conservadores, advierte Hayek:

El verdadero liberalismo es distinto del conservadurismo, aunque existe el peligro de que se les confunda. El conservadurismo es paternalista



Lilia Luján

y nacionalista, contiene tendencias que exaltan y enaltecen el poder y se sitúa frecuentemente más cerca del socialismo que del verdadero liberalismo; además, a causa de sus propensiones tradicionalistas, antiintelectuales y a menudo místicas nunca, excepto en breves periodos de desilusión, atraerá a la juventud y a todos aquellos que creen que ciertos cambios son deseables si es que el mundo va a convertirse en un lugar mejor.⁶

Los tremendos cambios que he reseñado, que condujeron simultáneamente al fin de la URSS y a la globalización y transnacionalización del resto del mundo, indican el arribo y la vigencia de un nuevo paradigma en la ideología –o en el fin de ésta, entendida como una guía para llegar al poder y manejarlo– y en la filosofía política y organización económica y social dominantes.

Por mi parte, en la década de los setenta logré colarme en las antecámaras del poder y tuve la buena suerte de trabajar muy cerca de los presidentes Luis Echeverría y José López Portillo durante sus respectivos sexenios, y vi con impaciencia y desaliento crecientes –a pesar del boom petrolero de fines de los ochenta–, cómo se agotaban cada día más palpablemente las metas de la vieja Revolución mexicana, y cómo se agravaban, al mismo tiempo, la explosión demográfica, el congestionamiento urbano y la migración ilegal a los Estados Unidos, la corrupción, el desempleo, la pobreza, la incultura, y un ubicuo, apocalíptico y aterrador recién llegado: la contaminación. Y me di cuenta de que hacía falta una nueva perspectiva, un nuevo enfoque distinto a todo lo que habíamos ensayado antes, innovador y audaz, más a tono con lo que ocurría en

otras partes, para hallar un camino nuevo que permitiera comenzar a resolver este cúmulo de calamitosos problemas, que ya son los del siglo XXI: los de un mundo nuevo y bravío.

Estoy seguro de que el presidente Salinas y su grupo de jóvenes colaboradores y asesores, que no provienen de la Facultad de Derecho de la UNAM sino, significativamente, de la Facultad de Economía, con estudios de posgrado y frecuentes escalas técnicas en algunas de las mejores universidades de nuestro tiempo, equipados con el manejo fácil y fluido de otros idiomas y familiarizados con las técnicas modernas de computación, procesamiento y difusión de la información, también tenían conciencia de la urgencia de un cambio a tono con lo que acontecía en el planeta y, particularmente, en el Primer Mundo.

Sé que no va a ser fácil convencer a la vieja izquierda mexicana de la validez y sinceridad de mi argumentación –que, temo, a veces raya en la pedantería, pero ni modo, tuve que referirme a muchos autores–. Y es aquí precisamente donde radica el dilema de la vieja izquierda mexicana: en su dificultad o su imposibilidad de entender y aceptar que el tiempo, el escenario y las circunstancias en las que se prepararon para actuar efectiva y creativamente en nuestra política han cambiado, han desaparecido, se han ido y ya pertenecen al pasado, como la extinta URSS. ■

* Tomado de El dilema de la izquierda mexicana en México y otros ensayos. Fondo de Cultura Mexicana. México, 1996. pp. 19-30.

¹ Peter F. Drucker, *The New Realities: in Government and Politics, in Economics and Business, in Society and World View*, Nueva York, Harper & Row, 1989.

² México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 32.

³ México, Posada, 1990, p. 64.

⁴ México, Joaquín Mortiz, 1970.

⁵ Drucker, op. cit., pp. 115-116.

⁶ Hayek, op. cit.